



HIGIENE DE LOS NIÑOS.

I.

Cuando se trata de un arte que puede salvar la vida, descuidar el aprender es un crimen.

HAHNEMANN.

Un colaborador de esta *Revista*, decía con sobrada razón en el núm. 8 respectivo al mes de Setiembre del año pasado, «que es difícil hablar á las inteligencias infantiles,» y sin embargo, en un excelente artículo titulado *La Luz del Alma*, desenvolvía elevados conceptos. Enteramente conformes con la opinion del Sr. Mena, siempre nos arredró esta evidente dificultad, si bien creimos, y seguimos creyendo, que no sólo los niños de poca edad son los que tienen afición á este género de literatura. Muchos jóvenes, y aún ancianos sin hijos que educar, nos consta se hallan suscritos á *Los Niños*, porque encuentran grato solaz en sus ratos de ocio, repasando la variedad de artículos, que sus páginas encierran. Por esto, y teniendo en cuenta que los de cortos años hallan en ellas pasto abundante, que á la par que interesa su curiosidad, recrea su imaginacion, ilustra su débil

raciocinio, y les sirve de correctivo para no imitar los defectos de *Pepita la perezosa*, *Mariquita la rebelde* y el *niño goloso y tragon*, ¿qué, pues, tendrá de extraño, que al lado de estos cuadros de costumbres—para los cuales su autor no tiene rival—al lado tambien de bellísimas composiciones poéticas, sentidas y fáciles de comprender, y entre tal ó cual episodio de nuestra historia, de algunos que otros cuentos ingeniosos y morales, intercalemos de vez en cuando un artículo de física experimental, de higiene ó de otros ramos importantes de la enseñanza?

No tenemos la pretension de dar lecciones á los encargados de dirigir los primeros pasos de la niñez; pero no es ocioso recordarles cosas, de puro sabidas, olvidadas, y que no dejan de ser útiles, y aun necesarias, en el curso de la vida.

En este caso se encuentran la *higiene* y el *estudio de los sentimientos morales*; á cuyos asuntos nos proponemos dedicar algunos artículos, segun ya lo tenemos ofrecido, que si pudieran ser inútiles para los niños de 8 años, no lo

serán seguramente para los de 16, ni aun para aquellos que no se hayan dedicado á estas materias.

Nada hay más importante que la conservacion de la salud, y nada, sin embargo, que se mire con más culpable negligencia.

Las afecciones propias de la infancia, son ocasionadas las más veces por desvios de régimen, ó por ignorancia de los preceptos higiénicos, necesarios para evitarlas; toda vez que en tésis general, las enfermedades no provienen de otras causas que de la trasgresion de las leyes que rigen en el universo.

Dios, en su infinita sabiduría, nunca dió existencia á necesidades sin haber de antemano previsto los medios de satisfacerlas.

Creó la luz, ántes que el órgano de la vision: el aire, ántes que los pulmones que habian de respirarle; pero al conceder á la especie humana, ó más bien, al ser inteligente, el libre albedrío para no encadenar las acciones al ciego fatalismo, y hacerle ante Él responsable de sus obras, claro está que dotado de las poderosas facultades del alma, tiene el deber de discernir lo bueno de lo malo, lo que es nocivo y lo que es provechoso.

En este caso, pues, se encuentra la *fisiología higiénica*, con cuyo estudio debe aleccionarse á los niños desde poco más de los diez años; no en su síntesis elevada y científica, sino en ciertos detalles, y reglas elementales que son á su alcance claras, fáciles y sencillas, encaminadas á ejercitar templada y armónicamente las funciones de los órganos materiales, y aun mentales.

Ya hemos dicho en artículos anteriores, que es un error lo que se entiende por educacion, generalmente ha-

blando, porque ésta no consiste sólo en la instruccion que se recibe en las escuelas, colegios y universidades, ni la constituye el haber estudiado muchos idiomas y diferentes ciencias, sin que por esto pretendiésemos, entónces ni a hora, negar que sea una parte esencialísima de lo que forma la educacion del individuo, y cuyo complemento encontramos en la enseñanza física, moral y religiosa; sin las cuales los sueños dorados de los padres, con respecto al porvenir y felicidad de sus hijos, pueden muy bien convertirse en una mera utopia. Si álguien encontrase exagerada esta idea, que recorra su imaginacion y su memoria, ó interroque á su conciencia, y verá en la historia de su vida y en la de sus amigos, la realidad que confirma estos hechos.

En nuestra niñez las nodrizas y los criados son por lo comun los mentores que nos guían y los que imprimen la norma de nuestras acciones, y dirigen y desenvuelven los sentimientos morales de nuestro corazon; si á esto se agrega el roce con otros niños mayores, que nos inculcan insensiblemente en sus propios defectos, cuando no en su refinada malicia, ¿por qué maravillarse de que un ser tan inocente desplegue un carácter altivo, terco, dominante y soberbio, que contemporizado por los autores de sus dias, les ponga en el caso de entregarle prematuramente en manos de un profesor que le corrija?

Pero llega el momento de sacar al niño de casa, siquiera sea por unas pocas horas, y el cariño maternal, las más veces tan exagerado como indiscreto, se subleva, y el proyecto se aplaza primero mientras duran los calores, más tarde para el otoño, por último para primero de año ó despues de

Pascuas. El niño, fortalecido con su triunfo, conoce desde aquel instante el valor de sus lágrimas.

Y como no hay plazo que no se cumpla, el día fatal llegó ya de un modo tan inexorable, que ni ruegos, ni llantos impiden que se ejecute: la razón principal suele prevalecer, y esta no es otra que la de no ser posible ya sujetar al niño caprichoso.

El maestro no se ocupa en sondear las inclinaciones del discípulo; se concreta á enseñarle el abecedario, y en presencia del silencio y compostura de otros compañeros, aquel carácter vivo, enredador y altanero, se oculta, apareciendo á los ojos de los demás un modelo perfecto de bondad, aplicación y mansedumbre: ¿y qué ha de corregir el profesor cuando á la inteligencia más sagaz y sutil no le es dado penetrar al través de tan refinada hipocresía?

En tanto sus padres se lisonjean de coger el fruto de su enseñanza y de haber conseguido, con la severidad y el castigo, modificar las condiciones del niño, que tales progresos hacían con la holganza, piensan ya prematuramente en la carrera que á su juicio le convendrá seguir, sin tener en cuenta para nada sus disposiciones particulares, su complexión, su capacidad, ni el mayor ó menor desarrollo de sus órganos cerebrales.

Todas estas consideraciones que acabamos de exponer, son de gran importancia para el objeto que nos proponemos, por más que parezca que nos hayamos apartado de los preceptos higiénicos, que tan íntimo enlace tienen con la educación física.

Pero natural y lógicamente venimos á este terreno.

El niño adelanta con sus estudios; más comienza á palidecer, pierde la

animación de sus ojos; á la risa sucede el llanto, á la viveza la inacción, al apetito la desgana, á la robustez la debilidad; y es que el descuido de las reglas higiénicas viene á producir sus amargos frutos y la consiguiente alarma en su familia.

El médico es consultado, y como no hay manifestaciones ostensibles del mal y la causa íntima de las enfermedades no le plugo al Supremo Hacedor revelarla á los hombres, atribuye aquel estado patológico al cambio repentino de vida, al estudio, á la sujeción, á la falta de ejercicio corporal, ó á las golosinas á que siempre fué inclinado. El niño se queja sólo de la cabeza; otras veces dice que nada le duele, y el doctor se limita á prescribir cierto régimen y algunos paliativos inocentes, con lo que deja satisfecho el interés y el cariño de sus padres.

Extraños estos por lo general al arte de curar, de que todos deberían tener nociones para conocer al menos el temperamento y naturaleza de sus hijos, y saber las sustancias que dañan y las que convienen, ni pueden comprender, ni mucho menos explicar al facultativo lo necesario para formar diagnóstico.

De tales ideas generales se desprenden profundas consideraciones, que pueden resumirse en estos dos sencillos términos; 1.º que por educación no debe entenderse únicamente el instruir la inteligencia, prescindiendo de aleccionar el corazón con las máximas religiosas y morales, que hacen que los sentimientos y las costumbres sean buenas: 2.º que es indispensable conocer el temperamento y naturaleza del individuo para dirigirle según su índole especial, y evitarle muchas

de las afecciones propias de la niñez.

La materia es tan vasta, que si hubiéramos de recorrer desde los preliminares de ciertas reglas vulgares para la conservación de la salud, la vida del hombre, su destino y su fin, comenzaríamos por la higiene y la medicina, y llegaríamos hasta la metafísica, llenando muchos números de esta Revista, y ocupando un espacio que privaría á nuestros lectores de la amena variedad de artículos con que otras plumas más privilegiadas se consagran

á instruir á los niños en los diversos ramos del humano saber.

Limitados, pues, á las precisas reglas higiénicas, á conocer los temperamentos, que son datos preciosos para dirigir la educación de la juventud, sólo destinaremos otro artículo para complemento de estas nociones, que consideramos de gran utilidad para los niños y no supérfluas para sus padres y maestros.

M. J. PASCUAL.

EL MAL ENFERMITO.



Este niño está malo y no quiere ponerse bueno, porque se niega á tomar las medicinas que su buena madre, deseosa de la salud del hijo querido, le ofrece con mucho mimo.

Su hermanita, que aunque menor, es más juiciosa, el muñeco D. Matias y el respetable gato D. Monino, están escandalizados de la conducta imprudente y falta de toda cordura que observa el niño.

Y todo es porque la medicina le sabe mal,

—Pues aguarda, hijo, le dice su madre, que vas á vivir desesperado en el mundo si con tan poca paciencia sufres las contrariedades y disgustos de la vida.

EL CUMPLEAÑOS DE CÁRMEN.



CÁRMEN Y MARÍA.

Era una tarde de verano, en que el ambiente fresco y perfumado convidaba á recrearse en las verdes praderas, en las ricas y pintorescas campiñas de los alrededores de Jerez.

Un grupo de niños se entregaba á sus juegos y contemplaba con infantil alegría un globo que el más pequeño de ellos pugnaba por lanzar en el espacio, ínterin sus herma-

nos se reían de sus inútiles esfuerzos.

Eran dos niñas y tres niños, la mayor de ellas tendría once años, y en su rostro moreno y agraciado se leía la inteligencia y la bondad.

Rubia y graciosa como los ángeles era la otra, y con su trajecito blanco, se parecía á una paloma entre las flores.

El sol se ocultaba por el horizonte,

y los niños, contentos y satisfechos, corrieron en dirección de su casa, que se encontraba oculta entre los árboles, permaneciendo las dos niñas solas y silenciosas.

—Cármén, dijo la mayorcita llamada María, el viento es fresco y ya sabes que nuestra Madre no quiere que te espongas á caer enferma.

Y la niña, quitándose su manteleta, cubrió con ella á su hermanita.

—Hoy me siento mejor que nunca contestó Carmen, no sé por qué se empeñan en que estoy delicada; déjame aquí sentada sobre la yerba.

—No me atrevo á desobedecer á mamá, nos reñirá y tal vez me castigue por ser ya casi de noche.

La caprichosa niña hizo un movimiento de impaciencia, y dijo:

—Vamos á reunirnos con nuestros hermanos.

Tres gozosas voces se oyeron en aquel momento.

—Cármén, María, venid, venid aquí, que todavía podemos jugar á la *gallinita ciega*.

Cármén, sin aguardar á su hermana, echó á correr, y desapareció entre los árboles.

Un grito penetrante hizo estremecer á María, y corriendo desolada hácia el sitio adonde se habia dirigido Cármén, llegó al mismo tiempo que sus hermanos, los que gritaban:

—¡Cármén ha caído en el estanque!

María, sin reflexionar en el peligro, quiso lanzarse al agua, á tiempo que uno de los criados de su casa, guiado sin duda por los gritos, detuvo á la niña, y se arrojó en el estanque, logrando alcanzar á Cármén y sacarla á la orilla.

—¡Dios mío! exclamó María: mamá me culpará por haber dejado sola un momento á mi hermana.

Cabizbajos y tristes siguieron los niños al criado, que llevaba en sus brazos á Cármén, quien poco después reposaba en su lecho rodeada por toda su familia.

La pobre niña estaba muy pálida, y murmuraba de vez en cuando:

—Si hubiera sido obediente, no causaría este disgusto ni á mi hermanita ni á mi buena madre.

—No pienses ahora sino en estar buena para el día de tu cumpleaños, y que esto te sirva de lección, contestó la cuidadosa madre. Los padres, niña mía, al privaros de una diversión, es siempre por vuestro bien: tú has estado enferma, has quedado bastante débil, y por eso no te permitía estar por la noche en el campo.

—Si hubiera sido de día no hubiera caído en el estanque, repuso Cármén.

II.

Cinco días después se celebraba la fiesta de Nuestra Señora del Cármén, y mientras que en Jerez se notaba la alegría y la animación, en casa de Cármén reinaban el luto y las lágrimas.

¡El alma de Cármén habia volado al cielo!

María y su aflijida madre lloraban silenciosamente al lado de Cármén, que vestida de blanco y con las manos cruzadas, parecia que muerta estaba más bella que viva.

Su desobediencia convirtió en día de dolor el que ella pensaba consagrar á la alegría y los juegos.

Tan verdad es, niños míos, que el seguir los consejos de nuestros padres debe ser una costumbre y un deber.

Las bendiciones del cielo son la recompensa.

EL DESARROLLO DE LA RAZON.

El desarrollo de la razon, es uno de nuestros primeros deberes, porque es como una tierna flor que, bien cultivada, crece insensiblemente, se abre más cada dia, y adquiere al fin toda la perfeccion imaginable.

Nunca será demasiado temprano para inculcar en las tiernas almas de los niños, el sentimiento moral y la idea recta de la razon, porque ella es la que nos instruye en nuestros deberes, arregla nuestras acciones y nos inspira los sentimientos más virtuosos: y no se crea que esta ciencia tan necesaria contenga argumentos que no estén al alcance de los niños, porque estas criaturas llevan ya grabados en su corazon los primeros principios, principios tan sencillos, tan claros y luminosos, que se anuncian por sí mismos como la luz del dia.

Por último, los padres deben consagrarse á la instruccion de sus hijos apenas puedan estos escucharlos, y no

perder nunca de vista que la educacion debe plantearse desde la edad más tierna, porque la corrupcion y la inclinacion al mal, llegan muy pronto. Cuando la naturaleza es flexible todavía, es cuando se la debe gobernar y amoldar á las nuevas costumbres, que adquirirán con la edad toda la fuerza de que son capaces. Es preciso que el niño practique el bien ántes de conocerle; es preciso que se acostumbre á él por obediencia y por necesidad ántes que pueda hacerlo por instigacion de la razon; y que sin saber lo que hace, no haga cosa alguna que no sea conforme con las reglas de la razon y del bien parecer. De este modo cuando llegue la edad en que la razon deba tomar posesion de su imperio, hallará las pasiones domadas y obedientes, y vivirá en paz gozando de la victoria que le ha preparado una educacion bien dirigida.

LA INSTRUCCION.

Para vivir en este siglo es indispensable adquirir conocimientos, por que las ciencias se han extendido para todas las clases de la sociedad y van penetrando hasta las más humildes condiciones.

¡Son tan pocos los años que se dedican á la educacion! No hay cosa más frecuente que ver personas hundidas en la miseria solo por haber descuidado los primeros años de su vida. La ociosidad es siempre la madre de la

indigencia y la ignorancia hija de la pereza.

Los momentos son preciosos: aprovechadlos, niños; estais en esa edad dichosa en que el hombre empieza á pensar, pero con un corazon puro y tranquilo todavia. Aprovechad, os repito, la aurora de vuestra vida, y huid de la ignorancia, que es siempre en el hombre un vicio de más y un mérito de menos, que solo penalidades se puede producir.

LAS METAMÓRFOSIS DE UN REY.

(CONCLUSION.)

— De cada uno de estos huevos, dijo, habria salido un perdigon; pero al fin, más tranquila queda mi conciencia despues de haberme sorbido los catorce huevos, que si hubiera tenido necesidad de matar á un pobre pájaro para alimentarme con su sangre.

Para hacer una perfecta digestion, la culebra se enroscó al abrigo de una piedra, y al suave calor de los rayos del sol se durmió de nuevo, porque para estos animales no hay mayor placer que el de dormir, sobre todo, despues de haber engullido. La fria impresion del aire y un movimiento demasiado agitado la despertó y se encontró en una situacion bastante embarazosa. Se halló suspendida á una altura inconmensurable, sujeta por medio del cuerpo entre las dos tenazas del largo pico de una cigüeña, la cual, gozosa con su presa, hendia los aires con un vuelo no muy rápido, pero seguro.

Su posicion era harto comprometida: por una parte no le era fácil escapar de entre las tenazas que la sujetaban: por otro lado, aun cuando hubiera podido hacerlo, la caida desde tan grande elevacion hubiera sido fatal. No tuvo más remedio que dejarse llevar, agradeciendo á la cigüeña el que ántes de remontarla á su expedicion aereostática, no la hubiera matado á picotazos cuando la sorprendió en medio de su sueño.

— ¡Ah! ¡cuán provechosa es la vigilancia, decia, y qué consecuencias tan

deplorables acarrea la pereza! Si en lugar de dormir, hubiera estado alerta y prevenida, á buen seguro que la cigüeña no me haria viajar por estas alturas.

Todo viaje tiene un término, y aquello tuvo tambien. La cigüeña llegó con su prisionera á cernerse sobre una elevada torre, en cuya cúpula estaba ingeniosamente construido un espacioso nido con gran porcion de leña y yerba seca: dentro del nido dos jóvenes cigüeñas estiraban su largo cuello, y con hambrienta avidez presentaban desmesuradamente abiertos, en forma de compás, sus luengos picos, y con gritos desapacibles reclamaban la codiciada presa. La cigüeña describió alrededor de la torre varios círculos descendiendo en espiral, y por último, se posó en el borde del nido. Era evidente que la hora del sacrificio habia llegado, y la culebra media con temerosos ojos la profundidad de aquellos gznates desmesuradamente abiertos para recibirla. En el momento en que la cigüeña soltó á su prisionera dentro del nido y levantó una de sus patas para sujetarla y despedazarla luego á su placer con el pico, la pobre culebra, á quien aquel trágico desenlace no podia convenir, se trasformó en suelta golondrina; agitó sus negras y lucientes alas, y hendió los aires como una flecha. No quiso gozarse en la sorpresa que este inesperado acontecimiento debió causar á los moradores de la torre, y dejándolos con tanto pico abierto, se

alejó gozosa describiendo caprichosos giros.

El primer día encontró el príncipe muy divertida su nueva existencia; volar de un lado á otro sin darse apenas algunos instantes de reposo; recorrer el espacio en todas direcciones persiguiendo siempre á los pequeños mosquitos sin tregua ni descanso; detenerse muy de tarde en tarde, sobre algun torreón ó en el alero de un tejado para entonar una cantinela alegre, todo esto era muy divertido, pero le pareció al fin demasiado agitado.

—¿Para qué tanta inquietud? se preguntaba á sí mismo. ¿Estamos destinadas las golondrinas á resolver el problema del movimiento continuo? Forzoso es hacerlo así: solamente en una agitación incesante podemos ir cogiendo al vuelo los impalpables mosquitos que han de servirnos de alimento.

A los pocos días hubo una terrible tempestad acompañada de un fuerte aguacero; la pobre golondrina á quien le pilló en el campo, se puso hecha una sopa, y gracias á que guareciéndose en la quebradura de un peñasco, pudo librarse de la violencia del granizo, que cayó en abundancia y causó la muerte á otros animales ménos afortunados. A la tempestad siguió una noche bastante fría, á consecuencia de un viento húmedo y violento. Algunas veces en el trascurso de aquella noche se acordó la golondrina de las abrigadas mantas con que se cubría cuando era hombre.

Al otro día estuvo á punto de que un travieso muchacho la derribara de un cantazo, mientras que descuidada entonaba su cantinela alegre sobre la punta de una viga, y poco después estuvo á dos dedos de caer en las garras

de un astuto gato que paseaba por el lomo de un tejado. Para evitar estos riesgos, abandonó las inmediaciones de la población y se trasladó á la ribera de un río. También allí necesitaba mucha cautela, porque los gabilanes recorrían las regiones del aire á caza de pájaros incautos. Siguiendo siempre las márgenes del río, emprendió nuestra golondrina una larga jornada, y llegó por último á la orilla del mar. Allí, frente á la magestuosa inmensidad del Océano, tuvo una feliz inspiración.

—Está visto, dijo, que los animales que pueblan la tierra y el aire viven cercados de infinitos peligros y contrariedades. Tal vez los moradores del agua disfruten una existencia mucho más tranquila: voy á hacer la prueba.

Arrojóse al mar, y se convirtió en ligero salmonete. El líquido elemento le pareció sumamente apacible: allí la temperatura no estaba sujeta á cambios atmosféricos: allí no penetraba el hombre, enemigo declarado de todos los seres de la creación; allí nadaba en la inmensidad del abismo, admirando ya los rojos corales, ya las brillantes perlas y las caprichosas plantas marítimas que tienen sus ramas en el fondo arenoso del Océano. Pero vió después, con triste sorpresa, que también se hallaba rodeado de terribles enemigos. Ya era la foca de instinto sanguinario, ya el tiburón feroz que nada perdona; ya otra porción de pescados y anfibios grandes, dedicados exclusivamente á perseguir á los pequeños, los que le tenían en perpétua zozobra. Todo eran asechanzas, todo peligros, y ya la existencia marítima iba haciéndosele odiosa, cuando, para colmo de desventuras,

unos pescadores que en aquella playa habian tendido sus redes, llegaron á recogerlas, y nuestro incauto salmone se halló sin saber cómo, ni de qué manera, envuelto en ellas y confundido con otra porcion de peces de diversas clases, arrancado del seno de las aguas y depositado con sus compañeros en la arena de la playa. Sintió que le faltaba la respiracion; sus ojos se anublaron; latieron con violencia sus agallas, agitó angustiosamente sus aletas, y próximo á morir, se acordó de que era el príncipe Claudino, cosmopolitano de todo el reino animal. Haciendo un esfuerzo supremo de voluntad, se trasformó en ligera liebre, y á carrera tendida lanzóse hácia el interior de la costa, con tal velocidad de piés, que la vista de los pescadores alcanzó apenas á seguirla. ¡Qué grande debió ser el asombro de aquellas gentes al advertir que entre las sardinas, los salmones y los congrios, habian pescado una liebre que salia del fondo del mar con tan buenas disposiciones para correr!

No paró el príncipe liebre hasta encontrarse léjos del mar. Viendo, al fin, que nadie le seguia, se tendió sobre la grama y descansó, pero el oido atento al más ligero rumor. El escarmiento de tantos peligros como habia pasado y la miedosa timidez que caracteriza á la liebre la hacian tan desconfiada que el más ligero rumor bastaba para sobresaltarla y hacerle emprender una carrera desesperada. El ligero chillido de cualquier pájaro le parecia el lejano ladrido de un perro: la hoja que se desprendia del árbol le parecia el rumor de los pasos de un hombre ó la cautelosa marcha del zorro. En la sombra que proyectaba un ave cuando pasaba volando, creia descubrir un

enemigo, y aun en medio de la noche su sueño era intranquilo.

—¿Dónde encontraré el descanso y la paz que tanto anhelaba? decia. Tendré por último que volver á ser hombre, puesto que no hay un sér viviente tan dichoso que se vea exentos de peligros y fatigas.

En estas filosóficas reflexiones iba ocupada la liebre mientras corria una mañana por un estrecho sendero, cuando acertó á pasar la cabeza por un lazo de alambre colocado allí de propio intento por algun campesino para aprisionar á la primera liebre que pasara.

—¡Oh, torpe de mí! dijo, mientras forcejeaba por escapar del astuto lazo. No parece sino que tengo el singular acierto de meterme en todos los atolladeros.

Por más esfuerzos y contorsiones que hizo no pudo romper el lazo ni escaparse de él. Por el contrario, á cada nuevo esfuerzo el alambre se ceñía más á sus riñones, y en vano probó á limarlo con los dientes: era demasiado fuerte el alambre para que los dientes de una liebre lo rompieran.

A cada instante esperaba ver presentarse á un campesino que vendria á descargar su pesado garrote sobre su cabeza, ó tal vez á algun lobo hambriento que corriendo en busca de aventuras acertara á pasar por aquella senda. Las liebres tienen el oido muy delicado: gracias á esta circunstancia, nuestro príncipe sintió á lo léjos los pasos de un hombre que se acercaba: convencido de que le amagaba un nuevo peligro, se resolvió á escapar de él abandonando por completo aquella vida de aventuras.

—Cada cual, dijo, debe contentarse

con el destino que la suerte le deparó al nacer; porque las ventajas y las desventajas en cada una de las esferas de la vida animal se hallan sabiamente equilibradas. Vuelvo, pues, á ser hombre.

Al decir esto, hallóse restituido á su primitiva figura, y con visible mal humor desenredó su pié del lazo de alambre que le tenia aprisionado. Al mismo tiempo que esto hacia, un robusto campesino apareció por el opuesto extremo de la senda, y acercándose á él le dijo:

—Sin duda iba vuestra merced, señor mio, pensando en las musarañas, cuando ha venido á meter el pié en el mejor lazo que tenia dispuesto para enganchar á una liebre; y aun creo que me lo ha hecho Vd. pedazos.

—Y he obrado perfectamente. ¿Por qué obstruye Vd. las sendas públicas con lazos en que un pasajero puede romperse una pierna?

—Señor mio, por esta senda no suelen pasar más que las liebres, contestó el campesino mirándole á la cara. De repente palideció y retrocedió cuatro pasos, mirándole con espanto.

—¡Dios me asista! dijo: creo que era el mismo Satanás quien se habia enredado en mi lazo, porque solo el demonio puede tener las orejas de liebre.

El príncipe Claudino se quedó suspenso al oír esto y al mirar el rostro desencajado del pobre labriego. Instintivamente se llevó las manos á la cabeza, y en el sitio que debían ocupar sus orejas de hombre, se encontró con dos magníficas orejas de liebre, señal indeleble de su última metamorfosis.

Nada se le ocurrió que decir por el pronto, ni aun cuando hubiera hablado habria encontrado quien le atendiera.

El campesino, repuesto de su primera sorpresa, habia vuelto las espaldas y huía á través del campo con toda la ligereza que sus piernas le permitian, haciendo de vez en cuando la señal de la cruz, muy persuadido de que el diablo habia querido tomar la apariencia de liebre para burlarse de él.

—¡Ah, desdichado de mí! dijo el príncipe. ¿Adónde voy yo con el grotesco apéndice de estas orejas?

—Las conservarás mientras vivas para recuerdo de tu ciega ignorancia, le contestó una voz; es el menor castigo que te puedo imponer.

Volvió la cabeza y se encontró con el peregrino de modesto traje y barba cenicienta á quien una noche dió albergue en su granja y del cual recibió en cambio la maravillosa facultad de trasformarse á su gusto.

—¡Ah, poderoso génio! teneis razon para burlaros de mi torpe ignorancia; ya he visto que no hay ser completamente feliz en la tierra. Que os baste para castigarme el ver la vergüenza conque un filósofo reconoce haberse equivocado; pero quitad de mi cabeza, en otro tiempo coronada, el grotesco adorno de estas orejas, por más que las tenga merecidas.

—No acostumbro á revocar mis sentencias, ni á retirar mis promesas: mientras vivas llevarás el honroso distintivo de tus orejas de liebre: sírvate de consuelo el pensar que peor pudieras haber escapado, pues si aciertas á ser asno en tu última metamorfosis, irrevocablemente tendrias que lucir un par de orejas de pollino.

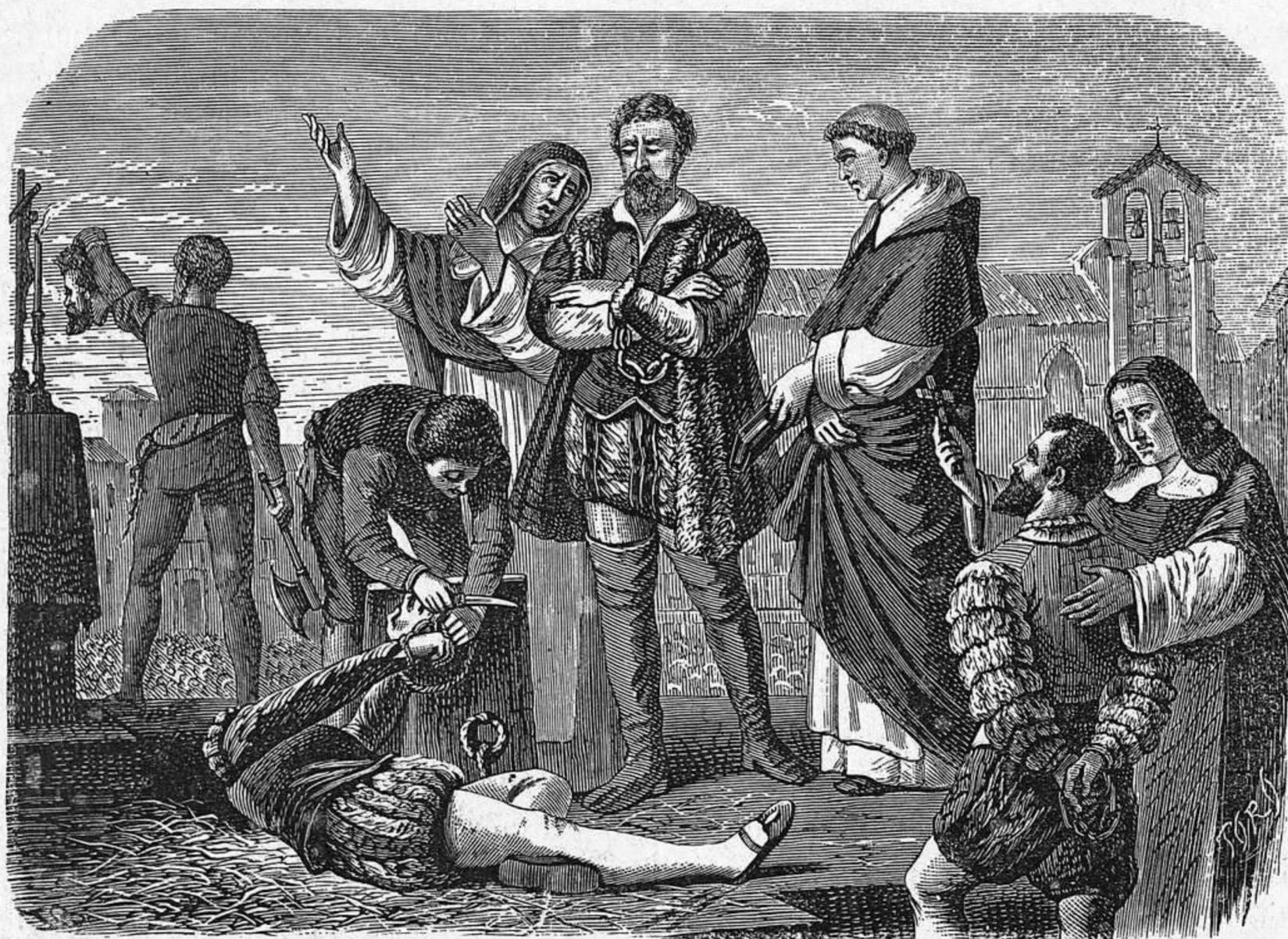
No tuvo Claudino más remedio que conformarse. De su historia nada más sé sino que volvió á su granja y que sus criados nunca le vieron quitarse un gorro de algodón que le cubria la

cabeza hasta taparle las orejas. Consta tambien en autores verídicos que se casó y tuvo hijos. Cuando murió, ya de avanzada edad, las mujeres encargadas de vestirle la última mortaja se quedaron asombradas cuando al quitarle su inseparable gorro encontraron

ocultas debajo de él sus puntiagudas orejas de liebre; extraordinario fenómeno que se hizo público y causó la admiracion de todas las gentes de la comarca.

PEDRO DOMINGO MONTES.

LOS GRANDES ARTISTAS.



SUPLICIO DE LOS COMUNEROS.

CUADRO ORIGINAL DE DON ANTONIO GISBERT.

Conocido debe ser ya por nuestros tiernos lectores el trágico fin de los *Comuneros de Castilla*, Padilla, Brabo y Maldonado, despues de la derrota de Villalar, que tanto afirmó el poder del emperador Cárlos V. Este asunto

eminentemente pictórico, fué elegido durante su residencia en Roma por el artista D. Antonio Gisbert para un lienzo de grandes dimensiones que debia figurar en la Exposicion Nacional de Bellas Artes de 1860.

Pero si el asunto era artístico, la ejecución fué inmejorable, y el cuadro de los Comuneros alcanzó para su afortunado autor uno de los puestos más eminentes en el arte contemporáneo; el jurado calificador le concedió la medalla de primera clase, el gobierno le pensionó por dos años más en el extranjero, el Congreso de los diputados compró dicha obra y le encargó otra, y por iniciativa de la prensa, los admiradores del artista le regalaron una corona de oro. Una vez trazada á grandes rasgos la historia del cuadro, cuya reproducción grabada en madera encabeza estas líneas, digamos dos palabras del autor.

D. Antonio Gisbert nació en Alcoy y fué discípulo de las clases de la Academia de San Fernando: en 1855, después de unos brillantes ejercicios de oposición, pasó á Roma, y en 1860 á París, haciendo en ambas capitales aprovechados estudios de los buenos

modelos del arte. Actualmente es Director del Museo del Prado.

Las obras principales del señor Gisbert, fuera del lienzo que motiva estas líneas, son: *La resurrección de Lázaro*, *Muerte del príncipe D. Carlos*, *Venus naciendo de la espuma del mar*, *La jura de Fernando IV*, *Desembarco de los puritanos en la América del Norte*, —acaso su mejor obra,— *Entrevista de Francisco I con su prometida Doña Leonor de Austria en Illescas*, *Fausto y Margarita*, *Paolo y Francesca*, *D. Quijote en casa de los Duques* y un considerable número de *Retratos*.

El Sr. Gisbert es caballero Gran cruz de varias órdenes, miembro de las Academias de Bellas Artes de Florencia y de Lisboa, y ha obtenido numerosos premios en las exposiciones públicas; pero sus mejores títulos son sus obras.

O. y B.

PENSAMIENTOS.

Las almas grandes pagan las injurias con beneficios.

Una injuria hecha á uno solo es una amenaza que se hace á todos.

La lectura es uno de los deberes del hombre honrado.

La ingratitud no desanima á la benevolencia, pero sirve de excusa al egoísmo.

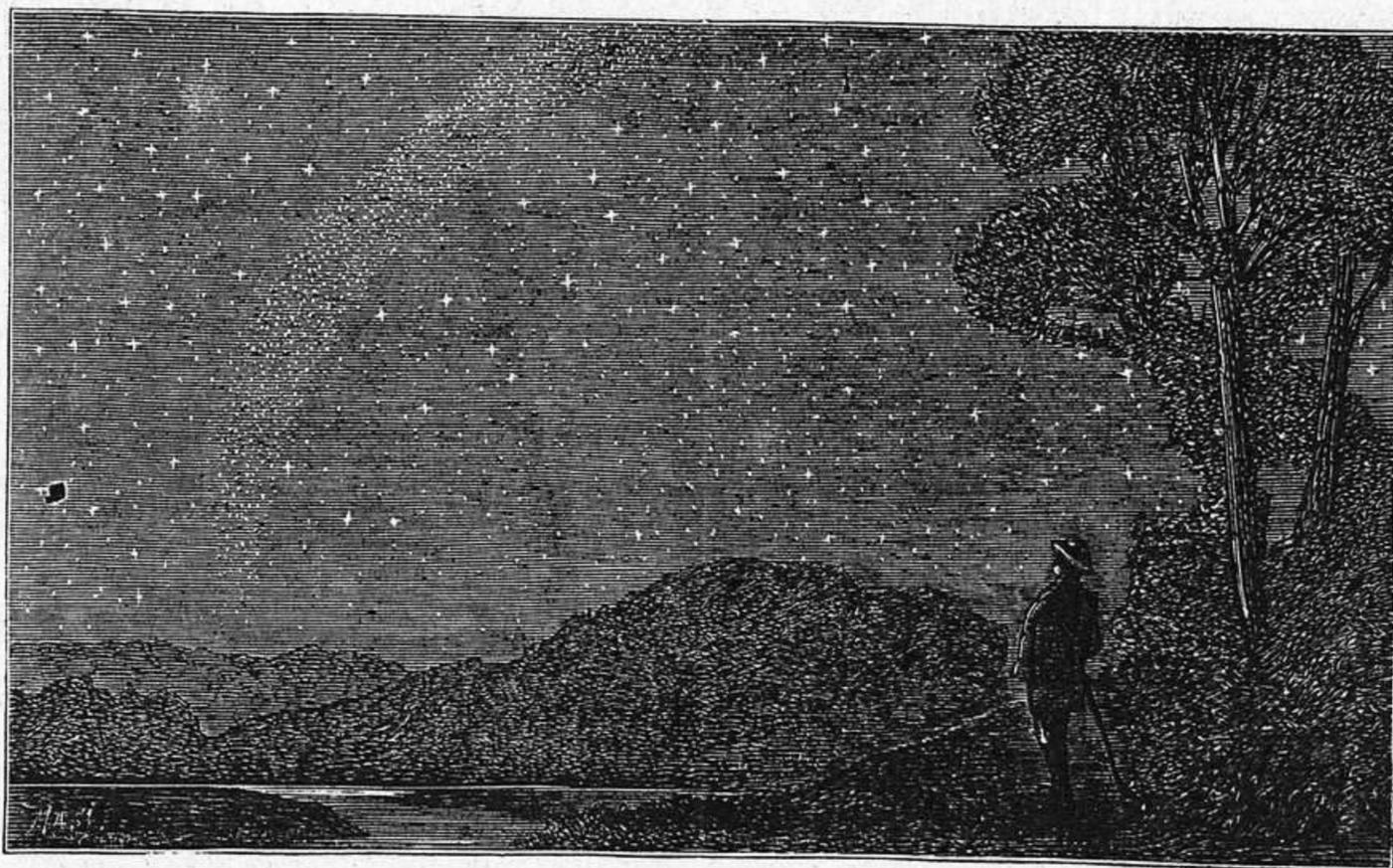
Amar la lectura es trocar las horas de tedio en horas de delicia.

El embustero destruye aquella confianza mútua que forma los lazos que unen á los hombres.

El que miente no echa de ver la obra que emprende, pues tiene que inventar mil mentiras para sostener la primera.

Desde el momento en que uno se complace en oír murmurar debe contarse en el número de los maldicientes.

Los dardos de la maledicencia y de la calumnia tienen dos puntas, y así hieren á la víctima y al agresor.



LAS ESTRELLAS ANIMADAS.

TRADUCCION DE J. ZÁRRAGA.

(CONTINUACION.)

—Ya sé cual es tu pensamiento, contestó Diana.

—¡Ah! dijo Venus, ¿eres hechicera?

—Un poco, respondió Diana.

—Pues bien, dime lo que yo pienso.

—Querida hermana, buskais el medio de dejar de recibir la luz del sol.

—¡Silencio! dijo Venus con severidad, si Dios te oye...

—Si Dios me oyera, dijo Diana, os enviaria á hacer penitencia á las regiones donde Mercurio tiritaba de frio.

—Tú eres cruel, Diana.

—Escuchad, querida hermana; vos me habeis salvado de un peligro, yo quiero quedaros reconocida; ya os diré todo lo que querais saber: hace muchos siglos que recorro espacios inmensurables; he visto soles, y al rededor de estos soles mundos de estrellas que pe-

dian á estos soles el calor y la luz.

—¿Hay muchos soles en el espacio? preguntó Venus.

—Sí, mi querida hermana, hay más que rayos puedo yo producir sacudiendo mi cabellera durante medio siglo.

—Es extraño, dijo Venus.

—El sol que os alumbrá, Venus, es un sol de tercera magnitud. Así, querida Venus, os digo, que busqueis el medio de dejar de recibir la luz del sol, para poder decir á las otras estrellas: «ved que yo soy la reina de los astros porque brillo por mí misma.» Voy á contaros lo que sucedió con un sol de segunda magnitud que era perezoso. Una estrella, bella como vos, llamó á las demás estrellas, se reunieron todas en un punto, que fué tan brillante que

el pobre sol parecía pálido á su lado.

Entonces aquella estrella se colocó en el centro de su córte de estrellas y planetas, y se proclamó reina.

—Yo haria, dijo Venus, como esa estrella, y me haria proclamar...

—Reina por la belleza, interrumpió Diana, y todos los astros se inclinarian ante vos.

—Callad, aduladora, dijo Venus sonriendo de placer.

El fabulista La'Fontaine, ha dicho con razon que todo adulador vive dependiente del que le escucha; Diana, sin decir el lazo que habia tendido á la ambicion y orgullo de Venus, continuó su curso á través de las regiones donde Venus no podia seguirla.

Cuando Venus se vió sóla, llamó á las mayores estrellas y las comunicó su proyecto, que aprobaron y prometieron prestarla su ayuda.

Desde este momento se vió á estas estrellas convidando á los demás astros á una reunion secreta.

En honor de la verdad debo decir que este planeta estaba lo más precioso que se puede imaginar.

—¿Vos le habeis visto en esta época, Jeozab? preguntó Pedro Simon.

—Sí, Pedro Simon.

—Entonces sereis muy viejo.

—Tú olvidas que soy un génio y que los génios no tienen edad.

—Es verdad.

—Escúchame, y sabrás por qué Mercurio se alejó del sol, por qué Venus vino á ser una estrella ordinaria, y como Dios creó la via láctea.

VI.

EL SOL ECLIPSADO POR VENUS.

Cuando Venus se aseguró del concurso de todas las estrellas del siste-

ma planetario, creyó haber llegado al apogeo del poder.

A todos los cometas que pasaban por sus dominios les hacia pagar un tributo de luz, para añadir un florón más á su corona de fuego.

El dia fijado para la reunion de los astros llegó; Venus estaba como loca; jamás habia gozado tanto; habia pasado horas enteras delante de su espejo, sonriendo y ensayando ademanes de grandeza; pero cuando llegó el momento de dar á conocer su poder, no pudo menos de lanzar al sol miradas de desprecio.

El sol continuó perezosamente su revolucion, acordándose poco de la ingrata que le debia la existencia.

—¿Son los planetas hijos del sol, Jeozab?

—No, Pedro Simon, ¿pero qué serian los planetas si el sol no existiese?

—¡Ah! ya comprendo; las estrellas reciben su luz del sol; seria una ingratitud por parte de Venus querer servirse de lo que la concedia el sol para hacer un arma contra él.

—Eso es: pero volvamos á la reina de las estrellas.

De todos los puntos del firmamento, Venus vió acudir millares de estrellas de todos colores, desde el tierno rosa hasta el azul de cobalto. Nada más bello ni más grandioso que esta reunion.

—¡Oh! qué dichoso sois, Jeozab, por haber visto todo esto.

—Yo he visto muchas cosas; pero ten paciencia, que yá te enseñaré lo que nadie ha visto.

Pedro Simon dió las gracias al anciano, dirigiéndole una mirada toda llena de reconocimiento.

—En vista de lo que sucedia en el firmamento, el sol se detuvo, compren-

diendo que ocurría algo grave é inaudito. El sol se detuvo á pesar suyo, como lo hizo algunos miles de años despues cuando Josué pidió á Dios prolongar el dia que debia alumbrar la victoria del pueblo de Israel.

Venus, radiante de alegría al ver que todas las estrellas habian acudido á su llamamiento, se colocó en el centro de su córte y pronunció un pequeño discurso, cuyo sentido voy á analizar, porque despues de los miles de años que hace se pronunció, he olvidado los pasajes más delicados.

«Queridos astros, dijo, desde el dia en que Dios nos arrojó al infinito, estamos condenados á recibir los rayos solares cuando al sol le place concedernos sus beneficios. Nosotros estamos bajo el yugo, y es preciso salir de él: mostremos á este astro, celoso de su poder y que se rie en estos momentos de nuestros esfuerzos, que nosotros podemos brillar sin que un solo rayo se escape de su foco.»

Venus añadió otras muchas cosas,

sembró con profusion flores de retórica como vosotros las llamais; y su discurso un poco revolucionario fué recibido con aclamaciones y vivas

El sol se atemorizó y tuvo una enfermedad de cuyas resultas le quedaron las manchas que se le ven en el rostro.

—¿Y cómo permitió Dios todas esas cosas? preguntó Pedro Simon.

—Yo no te puedo responder; yo no he estudiado teología, yo soy un génio y no un doctor. Estas cuestiones se las preguntas al padre Theodulo, y á Jeozab todo lo que concierne á la historia de las estrellas y no lo que concierne á los secretos de Dios. Dios es Dios y su voluntad es inmutable.

Hubo un momento de silencio, que Jeozab aprovechó para tomar un polvo, y maquinalmente ofreció su tabaquera á Pedro Simon.

—Gracias, Jeozab, no lo uso, dijo el niño estornudando.

—¡Ah! perdon, dijo el génio con aire distraido, guardando su tabaquera en el bolsillo.

(Se continuará.)

PENSAMIENTOS.

Los hombres prudentes y activos que conocen sus fuerzas y marchan con circunspeccion, serán los únicos que caminen mucho.

Las dos cosas más bellas del Universo son el cielo tachonado de estrellas que cubre nuestras cabezas y el sentimiento del deber que ennoblece nuestro corazon.

Muchas penas y amarguras se ahorra el que naturalmente inclina su pen-

samiento á lo que debe á los demás ántes de á lo que debe á sí mismo.

A dos cosas hay que acostumbrarse, bajo pena de no poder vivir en paz, á las injurias del tiempo y á la injusticia de los hombres.

Nunca se apartará la desgracia de la casa del ingrato que paga el bien con el mal.

Las injurias son las razones de los que no tienen razon.